**MADRE TERESA DE CALCUTA**

Teresa de Calcuta recibió el premio nobel de la Paz en 1979 y recitó uno de los más emotivos discursos donde defiende al desvalido, al sin voz, a los más pobres de los pobres. Aquí el discurso completo:

**10 de Diciembre 1979**

En este momento en el que nos hemos reunido aquí para agradecer a Dios el Premio Nobel de la Paz, pienso que sería hermoso que rezáramos todos la oración que compuso San Francisco de Asís que a mí siempre me sorprende mucho – rezamos esta oración todos los días después de la Santa Comunión- porque es muy apropiada para la vida de cada uno de nosotros, y yo siempre me pregunto si hace 400-500 años, cuando San Francisco de Asís la compuso, tenían las mismas dificultades que nosotros tenemos hoy, porque es una oración que también encaja perfectamente en el mundo de hoy. Creo que algunos de ustedes ya lo han entendido, así que la rezaremos juntos.

Permítanme agradecer a Dios por la oportunidad que tenemos de estar hoy todos juntos, por el regalo de paz que nos recuerda que hemos sido creados para vivir en esa paz, y que Jesús se hizo hombre para traernos esa buena noticia a los pobres. Él, siendo Dios, tomó lo condición del hombre en todos los aspectos como nosotros excepto en el pecado, y proclamó muy claramente que había venido a proclamar la buena nueva. Esa buena noticia era la paz a toda los hombres de buena voluntad y esto es algo que todos nosotros queremos –la paz del corazón- y Dios amó al mundo tanto que dio a su hijo –porque fue entregado- que es tanto como decir que a Dios le dolió entregarlo, porque amaba tanto al mundo que le dio a su hijo y se lo dio a la Virgen María, ¿y qué hizo ella con Él?

Tan pronto como Él llegó a su vida, inmediatamente fue de prisa a proclamar esa buena noticia, y en cuando entró en la casa de su prima, el niño –el niño nonato- el niño en el vientre de Elizabeth, saltó con alegría. Ese pequeño niño todavía nonato fue el primer mensajero de la paz. Él reconoció al Príncipe de la Paz, reconoció que Cristo había llegado a darnos la buena noticia a ti y a mí. Y como si eso no fuera suficiente –como si no fuera suficiente hacerse en hombre- Él murió en la cruz para mostrar un amor superior, y murió por ti y por mí y por ese leproso y por ese hombre muriendo de hambre y aquella otra persona desnuda yaciendo en la calle, no sólo de Calcuta, sino de África, Nueva York, Londres y Oslo –e insistió en que nos amáramos los unos a los otros como Él nos ama a cada uno de nosotros. Y leemos todo esto muy claramente en el Evangelio –ama como yo te he amado- como yo te amo- como el Padre me ha amado, así te amo yo- y cuanto más el Padre le amó, más nos lo entregó a nosotros, y cuando más nos amemos los unos a los otros, más debemos entregarnos los unos a otros también hasta que nos duela. No es suficiente que digamos: Amo a Dios, pero no amo a mi prójimo. San Juan dice que somos mentirosos si decimos que amamos a Dios pero no amamos al prójimo. ¿Cómo puedes amar a un Dios al que no ves, si no amas a tu prójimo al que sí ves, al que sí tocas y con el que vives? Y por esto es tan importante darnos cuenta que el amor, para que sea verdadero, debe doler. A Jesús le dolió amarnos. Y para asegurarse que recordáramos su gran amor, se hizo a sí mismo Pan de Vida para satisfacer nuestra hambre de su amor. Nuestra hambre de Dios, porque hemos sido creados para ese amor. Hemos sido creados a su imagen. Hemos sido creados para amar y ser amados, y después él se ha hecho hombre para hacer posible que nos amáramos unos a otros como él nos amó. Él se transforma en el hambriento, en el desnudo, en el sin hogar, en el enfermo, en el prisionero, en el solitario, en el no querido, y dice: Lo hicisteis conmigo. Hambre de nuestro amor, y hambriento de nuestra gente pobre. Este es el hambre que tú y yo debemos encontrar y que puede estar en nuestro propio hogar.

Nunca me olvido de la oportunidad que tuve cuando visité un hogar de ancianos en el que habían sido dejados por sus hijos e hijas y tal vez olvidados. Y fui ahí, y vi que en ese hogar tenían de todo, cosas hermosas, pero todos miraban hacia la puerta. Y no vi una pobre sonrisa en sus rostros. Y me di la vuelta hacia la hermana y le pregunté ¿cómo puede ser?, ¿cómo puede ser que estas personas que tienen todo, miran hacia la puerta?, ¿porqué no sonríen? Y es que estoy tan acostumbrada a ver una sonrisa en nuestra gente, incluso los moribundos sonríen, y ella me contestó: Esto es casi todos los días, ellos están a la espera, están esperando que un hijo o hija vengan a visitarlos. Están heridos porque están olvidados, y mire- es aquí donde se muestra el amor. Esa pobreza es la que se vive en nuestros propios hogares, es ahí donde se da la negligencia del amor. Quizá en nuestra familia tenemos a alguien que se siente solo, enfermo o preocupado, y estos son días difíciles para todos. ¿Estamos ahí para acogerlos, está la madre está ahí para acoger a su hijo?

Me sorprendió mucho ver en occidente a tantos chicos y chicas jóvenes ceder ante las drogas, e intenté descubrir el por qué- ¿por qué es así? y la respuesta fue: porque no hay nadie en la familia que les reciba. El padre y la madre están tan ocupados que no tienen tiempo. Los padres jóvenes tienen tantas ocupaciones que el hijo vuelve a la calle y se involucra en otras cosas. Estamos hablando de la paz. Estas son cosas que rompen la paz, pero creo que el mayor destructor de la paz hoy es el aborto, porque es una guerra directa, un asesinato directo por la madre misma. Y leemos en las Escrituras, porque Dios lo dice claramente: Incluso si una madre puede olvidar a su hijo, Yo no te olvidaré, te llevo grabado en la palma de mi mano. Estamos grabados en la palma de Su mano, tan cerca de Él que el niño todavía no nacido ha sido tallado en la palma de la mano de Dios. Y esto es lo que me impacta más, el comienzo de esa oración, que incluso si una madre pudiera olvidar algo imposible- pero incluso si pudiera olvidarlo- Yo no te olvidaré. Y hoy el más importante, el más grande destructor de la paz es el aborto. Y a los que estamos presentes aquí – nuestros padres nos quisieron. No estaríamos aquí si nuestros padres nos hubieran hecho eso a nosotros. A nuestros hijos, los queremos, los amamos, pero ay de millones de niños. Muchas personas están muy, muy preocupadas por los niños en India, por los niños en África, donde muchos mueren, tal vez de desnutrición, de hambre u otras cosas, pero millones están muriendo de forma deliberada por la voluntad de la madre. Y ese es el mayor destructor de la paz hoy. Porque si una madre puede matar a su propio hijo- ¿qué falta para que yo te mate a ti y tú me mates a mí?- no hay nada en el medio. Y esto lo aplico en la India, lo aplico en todos lados: Traigamos de nuevo al niño, y en este año que ha sido el año del niño: ¿Qué hemos hecho por el niño? Al comienzo de este año hablé, hablé en todos lados y dije: Hagamos en este año que cada niño nacido y no nacido sea querido. Y hoy es el final de este año ¿hemos hecho realmente que los niños sean queridos? Les mostraré algo aterrador. Estamos combatiendo el aborto con la adopción, hemos salvado miles de vidas, hemos mandado mensajes a todas las clínicas, a todos los hospitales, a todas las oficinas de la policía –por favor no destruyan al niño, nosotros recogeremos el niño. Y como en cada hora del día y de la noche hay siempre alguien, tenemos un gran número de madres no casadas- díganles que vengan, nosotros nos encargaremos de vosotras, nos haremos cargo de vuestros hijos, y les conseguiremos un hogar. Tenemos una gran demanda de familias que no tienen hijos, esa es la gran bendición de Dios con nosotras. Y también, hacemos otra cosa que es muy bonita, enseñamos a nuestros mendigos, nuestros enfermos de lepra, nuestros pobres, nuestra gente sin techo, lo que es la planificación natural de la familia.

En Calcuta, en tan sólo seis años, sólo en Calcuta, han nacido 61.273 niños menos gracias a la práctica de los métodos naturales de la abstención, del autocontrol… Les enseñamos el método de la temperatura que es muy bonito y muy sencillo, y nuestros pobres lo entienden. ¿Saben ustedes lo que me han dicho? Nuestra familia está sana, nuestra familia está unida, y podemos tener un niño cuando queremos. Así de claro, esa gente en la calle, esos mendigos, y creo que si nuestros pobres lo pueden vivir así, cuánto más ustedes y todos aquellos que tienen capacidad de conocer los métodos y su sentido sin destruir la vida que Dios ha creado en nosotros.

Los pobres son gente muy buena. Pueden enseñarnos muchas cosas bellas. El otro día uno de ellos vino a agradecerme algo y me dijo: Ustedes, los que tienen el voto de castidad, son los mejores para enseñarnos sobre la planificación familiar, porque no consiste en otra cosa sino en el auto control y en vivir el amor hacia la otra persona. Sinceramente pienso que es una afirmación muy bonita. Y estas son personas que tal vez no tienen nada que comer, tal vez no tienen un hogar donde vivir, pero son grandes personas. Los pobres son gente maravillosa. Una noche salimos y recogimos a cuatro personas de la calle. Y uno de ellos estaba en la condición más terrible-y le dije a las hermanas: Ustedes tengan cuidado de los otros tres, yo me ocuparé de éste que se vé peor. Así que hice por aquel hombre todo lo que mi amor pudo hacer. Le puse en la cama, y mostró una hermosa sonrisa en su rostro. Me cogió mi mano, mientras dijo una sola palabra: Gracias – y murió.

Yo no podía dejar de examinar mi conciencia ante ella, y me pregunté qué le hubiera dicho si yo hubiera estado en su lugar. Y mi respuesta fue muy sencilla. Hubiera tratado de llamar un poco de atención sobre mí, hubiera dicho que tenía hambre, que me estoy muriendo, tengo frío, tengo dolor, o algo así, pero aquella persona me dio mucho más – me dio su amor agradecido. Y murió con una sonrisa en su rostro. Como ese otro hombre a quien recogimos del desagüe, medio comido por gusanos, y al que llevamos a casa. He vivido como un animal en la calle, pero voy a morir como un ángel, amado y cuidado. Y fue maravilloso ver la grandeza de aquel hombre que podía hablar así, que podía morir así, sin culpar a nadie, sin maldecir a nadie, sin compararse con nadie. Como un ángel, esta es la grandeza de nuestra gente. Y es por eso por lo que creemos lo que Jesús había dicho: Yo tuve hambre, estaba desnudo, estaba en la calle – no fui deseado, no fui amado, nadie se ocupó de mí – y a mí me lo hicisteis.

Creo realmente que no somos trabajadoras sociales. Podemos estar haciendo trabajo social a los ojos de la gente, sino que somos verdaderas contemplativas en el corazón del mundo. Porque no dejamos de tocar el Cuerpo de Cristo las veinticuatro horas. Mantenemos 24 horas de esta presencia, y eso tú y yo. Tú también debes tratar de mantener esa presencia de Dios en tu familia, porque la familia que reza unida, permanece unida. Y creo que en nuestras familias no necesitamos bombas y armas de fuego para destruir la paz – sino vivir unidos, amándonos unos a otros, traer esa paz, esa alegría, esa fortaleza de la presencia de cada uno de nosotros en el hogar. Y entonces seremos capaces de superar todo el mal que hay en el mundo.

Hay tanto sufrimiento, tanto odio, tanta miseria, y nosotros empezamos en casa con nuestra oración, con nuestro sacrificio. El amor comienza en casa, y no es tanto cuánto hacemos, sino cuánto amor ponemos en las cosas que hacemos. Es a Dios Todopoderoso, no importa lo mucho que se haga, porque Él es infinito, sino cuánto amor ponemos en esa acción. Cuánto hacemos por Él en la persona a la que estamos sirviendo.

Hace algún tiempo en Calcuta tuvimos grandes dificultades para conseguir azúcar, y no sé cómo se pudieron enterar los niños, y un niño de cuatro años, un muchacho hindú, fue a su casa y dijo a sus padres: no voy a comer azúcar durante tres días, daré mi azúcar a la Madre Teresa para sus niños. Después de esos tres días su padre y su madre lo trajeron a nuestra casa. Nunca los había visto antes, y este pequeño apenas podía pronunciar mi nombre, pero sabía exactamente lo que había venido a hacer. Sabía que quería compartir su amor.

Y es por todo esto por lo que he recibido tanto amor de todos ustedes. Desde el momento en que he llegado aquí he estado rodeada sencillamente de amor, y con un verdadero y comprensivo amor. Se sentía como si todos los hombres de la India, todos los africanos fueran muy especiales para ustedes. Y le comentaba a la hermana hoy que me sentía como en casa. Me siento como en el Convento con las Hermanas como si estuviera en Calcuta con mis propias hermanas. Así me siento yo aquí mismo.

Y así estoy yo aquí hablando con ustedes, quiero que encuentren a los pobres aquí, antes que en ningún otro sitio en su propia casa. Y comenzar a amar allí. Sean la buena noticia para su propia gente. Y entérense sobre la situación del vecino de su casa- ¿Saben quiénes son? Tuve una experiencia extraordinaria con una familia hindú que tenía ocho hijos. Un caballero vino a nuestra casa y dijo: Madre Teresa, hay una familia con ocho hijos, no han comido desde hace tiempo, por favor haga algo. Así que tomé algo de arroz y fui inmediatamente. Y vi a los niños-sus ojos brillaban de hambre – no sé si alguna vez han visto el hambre. Pero yo lo he visto muy a menudo. Y ella tomó el arroz, dividió el arroz, y salió. Cuando volvió le pregunté – ¿A dónde fuiste, qué hiciste? Y aquella mujer me dio una respuesta muy simple: Ellos también tienen hambre. Lo que más me impactó fue que ella lo sabía y que eran una familia musulmana – y ella lo sabía. No traje más arroz esa noche porque quería que disfrutaran de la alegría de compartir. Pero allí estaban los niños, irradiando alegría, compartiendo la alegría con su madre porque ella tuvo amor para dar. Es ahí donde comienza el amor, como pueden ver, en casa. Y yo les quiero y estoy muy agradecida por lo que he recibido. Ha sido una experiencia preciosa y vuelvo a la India- espero estar de vuelta la próxima semana, el día 15- y seré capaz de llevar su amor.

Y sé bien que no han dado de su abundancia, sino que han dado hasta que les ha dolido. Hoy en día los niños pequeños que tienen tanta alegría-me sorprendió tanto – hay tanta alegría para los niños que tienen hambre. Los niños como ellos necesitan amor y atención y ternura, como ellos reciben tanto de sus padres. Así que demos gracias a Dios que nos ha dado esta oportunidad de conocernos unos a otros, y que este conocimiento mutuo nos ha ayudado a estar muy cerca entre nosotros. Y así seremos capaces de ayudar no sólo a los niños de la India y África, sino que seremos capaces de ayudar a los niños de todo el mundo, porque como saben nuestras Hermanas están en todo el mundo. Y con este premio que he recibido como premio de la paz, voy a tratar de hacer un hogar para muchas personas que no lo tienen. Porque creo que el amor empieza en casa, y si podemos crear un hogar para los pobres, creo que el amor se extenderá más y más.

Y seremos capaces de traer la paz a través de este amor comprensivo, ser la buena noticia para los pobres. Los pobres en nuestra propia familia en primer lugar, en nuestro país y en el mundo.

Para poder hacer esto, nuestras hermanas, nuestras vidas tienen que estar tejidas con la oración. Las hermanas tienen que estar unidas con Cristo para ser capaces de entender, para poder compartir. Porque hoy no hay tanto sufrimiento – y creo que la pasión de Cristo se revive de nuevo – estamos allí para compartir esa pasión, para compartir el sufrimiento de las personas. En todo el mundo, no sólo en los países pobres, porque he encontrado la pobreza de Occidente mucho más difícil de eliminar. Cuando recojo a una persona de la calle, con hambre, le doy un plato de arroz, un pedazo de pan, le he satisfecho. Le he quitado que el hambre. Pero una persona que se echada fuera, que se siente no deseada, no amada, aterrorizada, la persona que ha sido expulsada de la sociedad – esa pobreza es tan dañina y lo es tanto que me parece muy difícil de curar. Nuestras hermanas están trabajando entre ese tipo de personas en Occidente. Así que deben orar por nosotras para que seamos capaces de ser que una buena noticia para ellos, pero no podemos hacerlo sin ustedes, que tienen que hacer lo mismo aquí, en su país. Deben venir a conocer a los pobres, tal vez nuestra gente de aquí tiene cosas materiales, todo, pero creo que si todos miráramos en nuestros propios hogares, lo difícil es a veces ser capaces de sonreír a los demás, sabiendo que la sonrisa es el comienzo del amor.

Y así acojámonos siempre unos a otros con una sonrisa, porque la sonrisa es el comienzo del amor, y una vez que empezamos a amarnos unos a otros, naturalmente, queremos hacer algo. Así que les pido que recen por nuestras hermanas y por mí también por nuestros hermanos, y por nuestros colaboradores de todo el mundo. Para que permanezcamos fieles al don de Dios, para amarlo y servirlo en los pobres, junto con ustedes. Lo que hemos hecho hasta ahora no habría sido posible si no compartieran sus oraciones y sus dones en este continuo darse. Pero no quiero que me den de su abundancia, quiero que me den de lo que les duela.

El otro día recibí 15 dólares de un hombre que ha estado tumbado durante veinte años, y la única parte que puede mover de su cuerpo es su mano derecha. El único compañero que le gusta es el tabaco. Él me dijo: Yo no fumo durante una semana, y yo os envío este dinero. Debe haber sido un sacrificio terrible para él, pero hay que ver que hermosa forma de compartir, y con ese dinero compré pan y se lo di a los que tienen hambre, fue una alegría para ambas partes, el que estaba dando y los pobres que estaban recibiendo. Esto es algo que ustedes y yo seamos un don de Dios para que ser capaces de compartir nuestro amor con los demás. Y dejemos que sea como lo fue para Jesús. Amémonos unos a otros como él nos amó. Vamos a amarlo con un amor indiviso. Y la alegría de amarle a Él y entre nosotros se lo vamos a ofrecer ahora – que la Navidad está tan cerca. Mantengamos en nuestros corazones esa alegría de amar a Jesús. Y compartamos esa alegría con todos los que nos estamos en contacto. Esa irradiación de la alegría es real, pues no tenemos razón para no ser felices, porque tenemos a Cristo con nosotros. Cristo está en nuestros corazones, Cristo está en los pobres que conocemos, Cristo está en la sonrisa que damos y en la que recibimos. Hagamos este propósito: Que ningún niño no sea deseado, y también que nos encontremos entre nosotros siempre con una sonrisa, especialmente cuando sea difícil sonreír.

Nunca olvido a esos cerca de catorce profesores que hace algún tiempo vinieron de diferentes universidades de los Estados Unidos. Y llegaron a Calcuta, a nuestra casa. Hablábamos entonces que habían estado en la casa de los moribundos. Tenemos un hogar para los moribundos en Calcuta, donde hemos recogido a más de 36.000 personas sólo de las calles de Calcuta, y de ese gran número unos 18.000 han muerto con una muerte hermosa. Acaban de ir a la casa de Dios, y ellos vinieron a nuestra casa y hablamos del amor, de compasión, y entonces uno de ellos me preguntó: Madre, por favor, díganos algo que podamos recordar siempre, y yo les dije: Sonreíd unos a los otros, dedicad tiempo para estar junto a vuestras familias. Sonreíros mutuamente. Luego otro me preguntó: ¿Está usted casada?, a lo que contesté: Sí, y me resulta muy difícil a veces sonreír a Jesús, porque Él puede ser muy exigente en ocasiones. Esto es realmente algo verdadero, y ahí es donde viene el amor – cuando es exigente, y sin embargo, podemos dárselo con alegría. Así es como lo he dicho hoy, siempre he dicho que si no voy al cielo por otra razón, iré al Cielo por toda la publicidad, ya que la publicidad me ha purificado y me ha hecho sacrificarme y me hizo realmente dispuesta a ir al cielo. Creo que esto es algo importante: tenemos que vivir la vida muy bien, tenemos a Jesús con nosotros y nos ama. Si pudiéramos recordar que Dios nos ama, y que tenemos la oportunidad de amar a otros como Él nos ama, no en grandes cosas, sino en las cosas pequeñas hechas con gran amor, Noruega se convertiría entonces en un nido de amor. Y qué hermoso será que de aquí se construyera un centro de paz. Que de aquí partiera la alegría de la vida del niño que aún no ha nacido. Si ustedes se convierten en una luz ardiente de paz en el mundo, entonces realmente el Premio Nobel de la Paz será un regalo del pueblo noruego.

***HOMILÍA DEL CARDENAL ANGELO SODANO,
LEGADO PONTIFICIO, EN EL FUNERAL DE LA MADRE TERESA DE CALCUTA***

*Estadio de la ciudad de Calcuta
Sábado 13 de septiembre de 2005*

 Ha llegado el momento de dar el último saludo a la madre Teresa. Hemos venido aquí de todos los rincones del mundo para manifestarle nuestro afecto y nuestra gratitud, y rendirle el debido homenaje. Desde su frío féretro la inolvidable y querida madre Teresa sigue hablándonos, y parece repetir las palabras del Señor: *«Hay mayor felicidad en dar que en recibir»*(*Hch*20, 35).

1. Este es el centro del Evangelio, el mensaje evangélico del amor de Dios a nosotros, sus criaturas, y de nuestro amor a él, un amor que pide hacerse concreto y eficaz en nuestras relaciones recíprocas. La madre Teresa de Calcuta *comprendió*plenamente el evangelio del amor. Lo comprendió con cada fibra de su espíritu indómito y con toda la energía de su frágil cuerpo. Lo *practicó*con todo su corazón y con el esfuerzo diario de sus manos. Superando los confines de las diferencias religiosas, culturales y étnicas, *enseñó*al mundo esta lección necesaria y benéfica: *«Hay mayor felicidad en dar que en recibir»*.

3. La historia de la vida de la madre Teresa no es sólo una mera empresa humanitaria, tal como ella fue la primera en declarar. Es una historia de fe bíblica. Se puede explicar solamente como anuncio de Jesucristo, como —utilizando sus mismas palabras— un «amarlo y servirlo en la imagen sufriente de los más pobres entre los pobres, tanto material como espiritualmente, reconociendo en ellos y restituyéndoles la imagen y la semejanza de Dios» (*Constituciones de la Misioneras de la Caridad*, I, 1).

La herencia espiritual que la madre Teresa nos deja está encerrada totalmente en las palabras de Jesús que narra el evangelio de san Mateo: «En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (*Mt*25, 40). En el silencio, en la contemplación y en la adoración ante el Sagrario, aprendió a ver el auténtico rostro de Dios en cada ser humano que sufría. En la oración descubrió la verdad esencial que es la base de la doctrina social de la Iglesia y de su obra religiosa y humanitaria en todas las épocas y en todas las partes del mundo: Jesucristo, el Verbo eterno hecho carne, *el Redentor de la humanidad, quiso identificarse con cada persona, en particular, con los pobres, los enfermos y los necesitados*: «A mí me lo hicisteis».

Quiera Dios que, mientras encomendamos a nuestra hermana a su recompensa celestial, todos los que han admirado a esta mujer extraordinaria se comprometan a aprender la importante lección que ha dado al mundo, una lección que es también el camino hacia nuestra felicidad humana: *«Hay mayor felicidad en dar que en recibir»*.